

Pedro Amorós

VIDA IMAGINARIA
DEL DOCTOR MABUSE



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— ANAQUEL DE NARRATIVA, nº31—
MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © PEDRO AMORÓS JUAN

Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía de cubierta ©
Fotografía del autor en la solapa © Miquel Mas



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: Diciembre 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-47-1
Depósito legal: M-33244-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

ÍNDICE

Prólogo	7
I. Mabuse el pintor	11
II. San Jerónimo penitente	19
III. El doctor Mabuse	26
IV. Interludio en Evémida	35
V. El coleccionista de mariposas	45
VI. Interludio en Agrigento	52
VII. Exilio en el Peloponeso	59
VIII. Interludio en la isla de Citera	64
IX. Revisando el pasado	69
X. Los mil ojos del doctor Mabuse	73
XI. Los ojos de Vada	78
XII. Vida extraordinaria e instructiva del doctor Mabuse	82

PRÓLOGO

En el año 2007, en el caluroso estío murciano, un suceso inolvidable alteró mi vida por completo. En un recodo del río Segura, a su paso por la ciudad de Murcia, entre el Puente Viejo y la Pasarela de Manteola, fue encontrado el cuerpo de una prostituta, demacrado, envejecido y amoratado por los golpes y el paso de los días. Lo que sucedió a continuación, en ese verano, se enredó en mi vida hasta tal punto que los acontecimientos de aquellos días muchas veces se han presentado en mis sueños a modo de imágenes horrorosas y recurrentes. Por aquel entonces era una niña de doce años, de piernas flacuchas y largos cabellos. Había llegado a Murcia para hacer compañía a mi tía Lucía. Instalada en la calle González Adalid, por las tardes visitaba a un editor que había dejado su trabajo a causa de la ceguera. Ese ciego editor, Luis Cerezo, se convirtió desde entonces en mi maestro y mi mejor amigo. Mientras mi tía se ocupaba de las tareas domésticas en el piso que ocupaba el ciego en la calle Montijo, recuerdo con cariño que leía en voz alta, para Luis, porque así me lo pedía, los *Diarios* de Tolstoi. También recuerdo que solíamos pasear por

las calles del centro de Murcia cuando caía la tarde y el sol perdía fuerza. Hasta aquí todo parece bastante rutinario. Pero fue también por aquel entonces cuando un acontecimiento completamente azaroso lo trastocó todo. Un libro fue el desencadenante de esta extraña historia que me propongo relatar. En la caseta de la organización nacional de ciegos donde Luis trabajaba, situada a la entrada de la plaza de San Juan, alguien había dejado, por descuido con total seguridad, un libro que tenía este triste título: *Desengaño*. Su autor se hacía llamar de forma enigmática Dr. Mabuse. El libro había sido publicado por una editorial inexistente: Séfora. Recuerdo, como si fuera ahora, aunque hayan pasado doce años, que el libro tenía tapa dura, formato rectangular, color oscuro, casi negro, y aproximadamente unos 14 por 20 centímetros. Es difícil olvidar determinadas cosas. El caso es que Luis me pidió que le leyera el inicio del libro, intrigado por todo lo que invocaba el nombre de Mabuse. La verdad es que las primeras líneas del texto estaban tomadas literalmente de un escritor alemán y decían algo más o menos así: «Una de las quimeras más grandes que inhalamos en la infancia y de la que sólo nos libramos más tarde es justamente la idea de que el valor empírico de la vida consista en sus *placeres*, que existan alegrías y posesiones que puedan hacernos positivamente felices; por eso se persigue su obtención hasta que, demasiado tarde, llega el *desengaño*, hasta que la caza de la felicidad y placer, que en realidad no existen, nos hace encontrar lo que realmente hay: dolor, sufrimiento, enfermedad, preocupaciones y mil otras cosas». Seguramente, esta cita servía de pretexto al autor para iniciar el libro y, además, aparecía la palabra mágica que daba título al libro, el señuelo que anticipaba la historia: *desengaño*.

En ese momento, hace ya doce años, me intrigó la historia que contenía el libro, que empezaba con un viaje a Atenas, pero lo que verdaderamente me tenía en vilo era ese nombre que flotaba en mi mente repitiéndose una y otra vez: Mabuse. Luego vino la desconcertante desaparición del libro, el cuerpo de la prostituta encontrado en el recodo del río y todo lo demás, que sucedería a continuación. Pasados los años, debo decir que el nombre de Mabuse bailando en mi cabeza está en el inicio de este libro, es la idea que mueve esta historia, dando lugar a una investigación que finalmente desemboca en el Centro Penitenciario Soto del Real, la prisión donde fallece el Dr. Mabuse. Debo dar las gracias a los funcionarios de la cárcel, quienes me dejaron leer las *memorias* del doctor, una suerte de manuscrito titulado *Vida extraordinaria e instructiva del doctor Mabuse*, un documento redactado por un amanuense pues el mencionado doctor se había quedado ciego. A ustedes corresponde ahora juzgar si realmente la vida de Mabuse se puede considerar extraordinaria e instructiva y en qué sentido. Ni que decir tiene que este manuscrito, debidamente pasado por la crítica, es la principal fuente, aunque no la única, del libro que tienen en sus manos. Que lo disfruten. Vale.

VADA CARRILLO

I. MABUSE EL PINTOR

Ezequiel Justo viene al mundo casi con total seguridad, tal como ocurría antaño, en la hacienda familiar, una enorme casa situada a medio camino entre Arenas de San Pedro y Talavera de la Reina. Bautizado en la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, una parroquia de Arenas de San Pedro, en junio de 1941, poco se sabe de su infancia. Nada dicen sus *memorias* acerca de sus primeros años. Es como si Ezequiel quisiese borrar las huellas de lo acontecido en aquel entonces, como si no hubiese alcanzado su verdadera identidad y no se reconociese a sí mismo como hijo de los Justo. Indagando, no obstante, en el término municipal de Arenas de San Pedro y preguntando a sus gentes se pueden intuir algunos rasgos del carácter de Ezequiel, pues todavía hoy en día se recuerdan ciertas leyendas populares relacionadas con el hijo de los Justo. Es cierto que hay ancianos en Talavera de la Reina que relacionan al pequeño de los Justo con la caída de un niño a las aguas del Tajo, con tan mala suerte, dicen, que se partió el cuello. Y es cierto también que en Arenas de San Pedro se cuenta que, a principios de los años cincuenta del pasado

siglo, fue encontrado el cuerpo sin vida de un muchacho junto al castillo de la Triste Condesa. Al parecer, el niño había caído desde una de las torres de la fortaleza. Afirman rotundamente algunos ancianos del lugar que sin duda el pequeño de los Justo estaba implicado de alguna forma en el suceso. La tradición oral tiene tanta fuerza en estos sitios que incluso hay quien todavía vincula a Ezequiel Justo con unos incendios que se produjeron por estas fechas en el valle del Tiétar.

En junio de 1954 tiene lugar un hecho que conmociona a toda la comarca y altera por completo la vida de Ezequiel Justo. Un terrible incendio consume la hacienda familiar de los Justo, acabando con la vida de los padres de Ezequiel. Nada se sabe sobre las causas del incendio, pero, nuevamente, el rumor ha relacionado, con el paso del tiempo, la figura del joven Ezequiel con el pavoroso final de sus padres. Hasta aquí se tiene la impresión de pisar un terreno resbaladizo, de que es difícil discernir lo que hay de real y lo que hay de imaginario en todas estas historias. Lo que sí es seguro es que Ezequiel hereda una inmensa fortuna de sus progenitores y, después, se traslada a Madrid a vivir con sus tíos. Con frecuencia cita en sus *memorias* la obsesión por la pintura, el deseo irrefrenable que le atenaza y que le incita a convertirse en el mejor pintor del mundo. Arrebatado por esta idea, Ezequiel Justo comienza sus estudios de Bellas Artes en Madrid. Deja inacabados varios cuadros. Sabemos esto con total seguridad gracias a la información que nos ofrece el libro de Cesáreo Estébanez, *Anecdotario privado*. El volumen, publicado hace algunos años, a la muerte del escritor, si se le puede llamar de esta forma, carece de cualquier adorno literario, resultando casi agónica su lectura pues relata en un *tour de force* inacabable las cosas impres-

cindibles para convertirse en policía, pero resulta muy interesante a partir del momento en que Cesáreo Estébanez, como investigador privado, se centra en la figura de Ezequiel Justo. Según cuenta en su *Anecdotario*, lleva a cabo un registro del abandonado apartamento de Ezequiel en la calle León, gracias a ciertos favores personales que le concede un inspector de policía, y encuentra allí «varios cuadros semidestruídos y abandonados». Al parecer, a pesar de que Ezequiel anda por esa época en busca de una obra perfecta, ninguno de los cuadros que pinta es de su agrado.

Todo cambia a partir del 26 de junio de 1961. Esta fecha está subrayada en las *memorias* de Ezequiel como una jornada clave en su vida. Tiene por aquel entonces veinte años y acompaña a su tío en un viaje de negocios por la costa este de Estados Unidos. El acontecimiento que transforma su vida tiene lugar en una de las salas de la National Gallery of Art de Washington, donde se expone un cuadro del pintor flamenco Jan Gossaert, *San Jerónimo penitente*. El impacto que le provoca la visión del lienzo se refleja en las *memorias*, pues Ezequiel cuenta la experiencia como si se tratase de un milagro, hasta el punto de que «se arrodilló y lloró». Para quien visita la National Gallery of Art de Washington y contempla el cuadro, no deja de resultar sorprendente la experiencia vivida por Ezequiel. El cuadro en cuestión muestra a San Jerónimo arrodillado frente a Cristo crucificado, pero resulta llamativo que la cruz esté sostenida sobre un árbol desprovisto de hojas, carente de vida. El paisaje rocoso y la luz plateada, fría, que inunda el cuadro, conceden un aspecto irreal, como de visión imaginaria, como de sueño, al lienzo. San Jerónimo se ha desprendido de sus hábitos y pasa a convertirse en un ermitaño. Es aquí, en este punto, donde se ve clara la similitud con un paisaje